

## Gustavo Bueno: *In Memoriam*

Ricardo Sánchez Ortiz De Urbina, Guadarrama, septiembre de 2016.

Escribo, todavía, estas líneas bajo el impacto brutal de la noticia de la muerte de Gustavo Bueno. Si la muerte de cualquier persona es un *factum* inaceptable, lo es mucho más en el caso de Bueno, puesto que la concentración de su humanidad, que llevaba a sus alumnos a mimetizar espontáneamente sus gestos, y la ferocidad de basilisco de su vena polémica, le habían dado la apariencia de inmortal.

Pero ya está su enorme obra completada, que se defiende sola, *habet sua fata*, cuando él siempre se opuso a unas “obras completas” que hubieran implicado su muerte virtual, igual que siempre se opuso a una supuesta *escuela* que repitiese lo que él ya había dicho, porque “para repetirme, eso mejor lo hago yo”.

Ya se puede imprimir su *Opera omnia*; pero lo que sí urgiría es una rápida recopilación y edición de todos sus artículos dispersos y de difícil acceso, porque yo creo que, como en el caso de Husserl (en quien tardíamente hemos descubierto que hay más filosofía incisiva en sus investigaciones puntuales que en sus grandes obras sistemáticas), hay, en los artículos de Bueno, una contagiosa filosofía, una “verdadera filosofía” que incita a pensar.

437

SEPTIEMBRE  
2016

Porque lo que realmente definió a Bueno fue el ser un *verdadero filósofo*. Yo conocí a Bueno en dos fases decisivas de su conformación como verdadero filósofo. Primero en Salamanca, cuando, siendo él director del Instituto Femenino de Enseñanza Media “Lucía Medrano”, yo, recién licenciado, aterricé con una beca y me encomendó encargarme de un supuesto gabinete psicotécnico. Allí, en su casa frente al Campo San Francisco, cerca de los lugares de Unamuno, Bueno veló sus armas de verdadero filósofo, haciéndose, a fondo, con la lógica matemática y discutiendo de filosofía escolástica con el culto señor obispo de la ciudad: conversaciones que resultaron fallidas cuando se interpusieron cuestiones litúrgicas que Bueno, naturalmente, no dominaba. Nunca olvidaré las conversaciones interminables y desopilantes que mantenía Bueno con Cortés, el catedrático de francés, en las que, como un bajo continuo, latían siempre su determinación y las condiciones precisas requeridas para llegar a ser filósofo.

Y años más tarde, en Oviedo, en seminarios semanales de trabajo, en los que, desde el materialismo dialéctico produjo su materialismo filosófico, y desde su enciclopédico conocimiento de las ciencias, y frente al estructuralismo, extrajo su teoría del cierre categorial.

En las necrológicas aparecidas estos días en la prensa, se ha asociado frívolamente la filosofía de Bueno con su pretensión de haber construido un sistema filosófico, un “artefacto teórico llamado sistema” que implicaría su repetición por una escuela. De la supuesta escuela de Bueno ya he hablado más arriba; con relación a su sistema hay que decir que, en rigor, toda filosofía es sistemática, incluso la de apariencia más libertaria, so pena de carecer del rigor filosófico indispensable (igual ocurre, *mutatis mutandis*, con distinto tipo de rigor, en el caso de las ciencias). El problema que suscita la filosofía de Bueno no consiste, de entrada, en su logro sistemático; el problema se centra, más bien, en la dualidad antes aludida de una verdadera filosofía *versus* una filosofía verdadera. Verdadera filosofía y filosofía verdadera no conmutan y, como ocurre en la física cuántica con la posición y el momento, no pueden ser resueltas simultáneamente.

En mi opinión, el denostado carácter sistemático de la filosofía de Bueno no es sino un “efecto óptico secundario” debido a la *detención* de su filosofía en un momento determinado. Tal detención produce un ajuste forzado con el efecto secundario de sistema. En la década de los noventa, Bueno interrumpió abruptamente su exposición de la *Teoría del cierre categorial* de la que habían aparecido dos partes de las cinco proyectadas. La exposición de la teoría se detuvo cuando se había terminado su *introducción*. En ese momento, Bueno añadió un detallado *Glosario*, en 70 páginas, donde realiza el ajuste entre el materialismo filosófico y la teoría del cierre categorial, y aparece el efecto “sistema”.

Según Bueno, las tres dimensiones o géneros de materialidad: exterioridad, interioridad, y esencialidad, *se coordinan* con las tres dimensiones del eje sintáctico del cierre: términos, operaciones y relaciones. Pero esa “coordinación”, que pretende ser un ajuste, es muy vaga. Sorprendentemente, en este caso, el análisis de bisturí fino al que Bueno nos tiene siempre acostumbrados hasta llegar a lo fundamental no se produce. En este cierre del cierre, las dimensiones del materialismo filosófico no encajan con las dimensiones de la sintaxis científica, porque tienen un origen muy diferente. Las primeras son estructuras ontológicas, pero las segundas son fenomenológicas: proceden del análisis del *objeto* realizado por Husserl. Husserl estableció que, en la correlación intencional que culmina en una síntesis categorial objetiva, las *operaciones* intersubjetivas trabajan con *contenidos* hyléticos para producir *síntesis* objetivas de identidad. Se abre entonces un campo intencional en el que hay verdades objetivas que son síntesis de identidad no eidéticas, pero en el que hay también síntesis de identidad no objetivas y síntesis meramente esquemáticas sin identidad.

El encaje forzado del materialismo filosófico y el cierre categorial anula el campo intencional y no cubre la región originaria donde hay síntesis, pero no hay identidad (identidad de trayectoria, por ejemplo); es justamente la región donde se establece la física cuántica. Bueno no incorporará, así, en su análisis, las dos revoluciones hermanadas, cuántica y fenomenológica, que conforman el pensamiento del s. XX y hace que las ciencias humanas sean sólo el límite de las ciencias naturales y que las ciencias naturales, incluida la física cuántica, manifiesten un dominante carácter clásico.

La teoría del cierre categorial se interrumpe y, en el *Glosario* que la culmina, aparece entonces el efecto de sistema. Justamente esto ocurre cuando la gnoseología (o epistemología) ha de hacerse más filosófica que nunca, porque, en la física, lo que pasa a primer término, con el parón experimental de los años 70, son las ideas filosóficas de espacio y tiempo que la ciencia no puede manejar sino de modo especulativo.

Hay sin embargo en el glosario sistemático cuestiones que no se resignan al sistema forzado, y traslucen su fondo fenomenológico.

Por ejemplo, el análisis minucioso de la *anamorfosis*, como mecanismo que desborda el reduccionismo y el emergentismo, y que no es sino la *correspondencia* entre la serie intencional y la óptica.

O la caracterización de *lo trascendental* como trascendental positivo; no como el sistema *a priori* de las condiciones de posibilidad de la experiencia, sino como la recurrencia de las determinaciones que se inician en un tiempo y lugar positivo de la experiencia y se amplían determinando constitutivamente el mundo global de la experiencia; análisis muy próximo a la trascendencia en fenomenología como análisis de las condiciones de *transposibilidad*.

O, también, la teoría de los todos y las partes, de las partes dependientes e independientes, la *mereología* equivalente a la propuesta por la fenomenología (Posada Varela).

O, por último, su distinción entre operaciones autoformantes y heteroformantes para discriminar la lógica de origen intencional y el *eidos* matemático...

Se observará que, en todos estos ejemplos, Bueno asume el modo del *ejercicio* sin llegar al modo de la *representación*, propio de la fenomenología. No en vano el epígrafe *ejercicio/representación* es, junto a la *anamorfosis*, el más ampliamente desarrollado en el glosario que comentamos.

Pero la filosofía de Bueno como *verdadera filosofía* continuó después del inexplicable episodio del cierre del cierre. Con una segunda navegación, cambió el estilo y los vientos y aplicó su enorme capacidad de análisis y su inmensa erudición filosófica y científica a cuestiones de carácter más mundano. Pero, aún con el cambio de rumbo, continuó el *verdadero filósofo*. Volvimos a quedar contagiados y obligados a pensar.

Ahora se ha ido sin regreso. Estábamos resignados a debatirnos entre, por una parte, unos profesores de filosofía que se limitaban a repetir lo que, en su día, fueron “filosofías verdaderas” y, por otra parte, unos dispensadores de filosofía piadosa de consuelo y ayuda. Gustavo Bueno, pese a sus cambios inexplicables, nos sigue ofreciendo una *verdadera filosofía*, que se transmite por contagio, no por escuela, como las bacterias.